

RUIDOS DE LA HABANA

dic 16/38
M

ENTRE los planes que de antiguo acaricia la Corporación Nacional de Turismo figura en lugar prominente el de realizar una labor de educación turística del pueblo de Cuba. Es una idea genial que viene a completar en el orden moral y psicológico lo que pueda hacerse en lo material y sustantivo para presentar al turista un perfecto cuadro de belleza y buena acogida.

A ese fin los altos funcionarios de nuestro máximo organismo turístico iniciaron ha tiempo una encuesta que ha dado magníficos resultados prácticos. Cada turista al tiempo de embarcar de regreso a sus lares recibió un cuestionario donde se le instaba cordialmente a declarar qué cosas le habían agradado en Cuba y qué otras le desagradaban. La petición formulada en términos corteses, como un ruego a que cooperaran con nosotros en la tarea de mejorar el país desde el punto de vista del turismo, encontró en cada viajero interrogado un espontáneo y generoso colaborador.

De esta manera al escrutar las respuestas clasificándolas de acuerdo con lo que en ellas se sugería, la Corporación Nacional del Turismo logró captar detalles de alto interés para corregir defectos y perfeccionar, estimulándoles, aquellos otros ángulos de Cuba pintoresca, típica y folklórica que el turista celebra en unánime elogio.

El conteo de respuestas arrojó un gran total en contra de una característica desfavorable de nuestra urbe: el excesivo ruido. Los visitantes extranjeros quejándose en clamoroso coro de las molestias que los ruidos urbanos de San Cristóbal de La Habana producen a cuantas personas llegan a su seno procedentes de otros centros urbanos más populosos pero también más silenciosos.

Henos sufrido, dijeron muchos de los interrogados, el "insomnio de La Habana", terrible mal causado por los claxons de los automóviles, el campanillazo de los tranvías eléctricos y los gritos de los vendedores ambulantes que hasta altas horas de la noche atruenan el espacio con el monótono canturreo, pregonero de las excelencias que detallan y de la heterogénea variedad de cosas que ofrecen, desde tamales calientes hasta billetes de Lotería.



Harian bien ustedes, dijeron otros, en procurar que La Habana fuera un poco más quieta, menos estridente, más acorde, en fin, con la aspiración de hacer de tan bella ciudad el mejor centro de turismo de América.

Y estas sugerencias generosas, hechas por quienes fueron invitados a comunicar sus impresiones de viajeros, fueron cuidadosamente anotadas por la Corporación Nacional de Turismo en un esfuerzo por subsanar errores y llegar a impartir a Cuba a través de una paciente labor educacional en materia turística, el carácter acogedor, cortés y consecuente que es proverbial en naciones donde el turismo constituye preocupación y esmero de los gobiernos y de los ciudadanos prestos siempre a contribuir decididamente a cuanto signifique acrecentar los prestigios y la buena reputación del país ante los ojos de quienes lo visiten.

Para nadie era un secreto que La Habana es ciudad excesivamente ruidosa. Sin ser turistas, los que gustamos de cierta quietud nos hemos lamentado de la gama de sonidos discordes que hacen a veces intolerable hasta el interior de las casas, porque hasta las habitaciones más apartadas llegan las estridencias y los ruidos de la vía pública.

La encuesta de la Corporación Nacional de Turismo debe servirnos de provechoso recordatorio para que sin pérdida de tiempo comencemos a acallar los ruidos inútiles que contrastan con la belleza de la urbe y la convierte en lugar de tortura auditiva de los que a ella acuden.

El Alcalde, las autoridades policíacas, los conductores de vehículos, los habaneros todos, debíamos desde este momento hacer cuestión de honra el problema de silenciar las disonancias ciudadanas. La Habana no debe ser más estridente que otras ciudades extranjeras tanto o más populosas que nuestra capital, y así como se ha emprendido cruzadas meritisimas por erradicar enfermedades y extinguir plagas nocivas, dispongámonos desde ahora a desterrar para siempre ese mal que aqueja a los turistas y que ellos mismos han dado en llamar el "insomnio de La Habana".

